



Franz Kafka

La Obra

E LEJANDRIA



Franz Kafka

La Obra

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

LA OBRA

FRANZ KAFKA

PUBLICADO: 1928

FUENTE: PROJECT GUTENBERG

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

EDICIÓN ORIGINAL: WWW.PROJEKT-GUTENBERG.ORG

TAMBIÉN CONOCIDO COMO "LA CONSTRUCCIÓN", "LA MADRIGUERA" O "LA
GUARIDA", ADELANTO PÓSTUMO EN LA REVISTA **WITIKO (1928)**; INCLUIDA
DESPUÉS EN EL VOLUMEN **BEIM BAU DER CHINESISCHEN MAUER (LA MURALLA
CHINA, 1931)**.

LA OBRA

FRANZ KAFKA

He dispuesto la obra y parece haber salido bien. Desde fuera, en realidad, solo se ve un gran agujero, que en verdad no conduce a ninguna parte; a los pocos pasos se topa uno con la roca natural y maciza. No quiero jactarme de haber ejecutado esta argucia con premeditación; fue más bien el vestigio de uno de los muchos intentos de obra fallidos, pero al final me pareció ventajoso dejar este único agujero sin tapar. Ciertamente, algunas argucias son tan sutiles que se aniquilan a sí mismas, eso lo sé mejor que nadie, y es sin duda audaz llamar la atención, a través de este agujero, sobre la posibilidad de que aquí haya algo digno de ser investigado. Pero se equivoca quien crea que soy cobarde y que construyo mi morada solo por cobardía. A unos mil pasos de este agujero yace, cubierta por una capa de musgo visible, la verdadera entrada a la obra; está tan asegurada como puede estarlo algo en este mundo. Ciertamente es que alguien podría pisar el musgo o hundirse en él, y entonces mi obra quedaría al descubierto, y quien tuviera ganas —aunque, nótese bien, se necesitan para ello ciertas habilidades no muy comunes— podría entrar y destruirlo todo para siempre. Lo sé muy

bien, y mi vida, incluso ahora en su apogeo, apenas conoce una hora de completa tranquilidad; allí, en ese lugar en el oscuro musgo, soy mortal, y en mis sueños un hocico lujurioso husmea a menudo sin cesar. Se podría pensar que también podría haber rellenado este agujero de entrada, con una capa fina arriba y tierra suelta más abajo, de modo que siempre me costara poco esfuerzo abrirme de nuevo el paso. Pero no es posible; precisamente la prudencia exige que tenga una posibilidad de salida inmediata, precisamente la prudencia exige, como tantas veces por desgracia, el riesgo de la vida. Todos estos son cálculos bastante laboriosos, y el placer de la mente aguda en sí misma es a veces la única causa de que uno siga calculando. Debo tener la posibilidad de una salida inmediata, ¿acaso no puedo ser atacado, a pesar de toda mi vigilancia, desde un lado completamente inesperado? Vivo en paz en lo más profundo de mi casa y, mientras tanto, el enemigo se abre paso lenta y silenciosamente hacia mí desde algún lugar. No quiero decir que tenga mejor olfato que yo; quizás sabe tan poco de mí como yo de él. Pero hay depredadores apasionados que escarban la tierra a ciegas, y con la enorme extensión de mi obra, incluso ellos tienen la esperanza de tropezar en algún lugar con uno de mis caminos. Ciertamente, tengo la ventaja de estar en mi casa, de conocer exactamente todos los caminos y direcciones. El depredador puede convertirse fácilmente en mi víctima, y una víctima de sabor dulce. Pero me estoy haciendo viejo, hay muchos que son más fuertes que yo y mis enemigos son innumerables; podría suceder que, huyendo de un enemigo, cayera en las garras de otro. ¡Ay, cuántas cosas podrían suceder! En cualquier caso, debo tener la confianza de que en alguna parte hay una salida de fácil acceso, completamente abierta, donde no tenga que hacer ningún esfuerzo para salir, de modo que no sienta de repente —¡líbreme el cielo!— los dientes del perseguidor en mis muslos mientras cavo desesperadamente, aunque sea en tierra ligeramente amontonada. Y no son solo los enemigos externos los que me amenazan. También los hay en el interior de la tierra. Nunca los he visto, pero las leyendas hablan de ellos y creo firmemente en su existencia. Son seres de la tierra interior; ni siquiera la leyenda puede describirlos. Incluso quien ha

sido su víctima apenas los ha visto; llegan, se oye el rascar de sus garras justo debajo de uno, en la tierra que es su elemento, y ya se está perdido. Aquí no vale el estar en la propia casa; más bien, se está en la suya. De ellos tampoco me salva aquella salida, que probablemente no me salva en absoluto, sino que me pierde, pero es una esperanza y no puedo vivir sin ella. Además de este gran camino, me conectan con el mundo exterior otros pasajes muy estrechos y bastante seguros que me proporcionan aire bien respirable. Fueron construidos por los ratones de campo. He sabido integrarlos correctamente en mi obra. También me ofrecen la posibilidad de un olfateo de largo alcance y, por tanto, me dan protección. A través de ellos también llega a mí toda clase de pequeña grey que devoro, de modo que puedo tener una caza menor suficiente para un sustento modesto sin tener que abandonar mi obra; eso es, naturalmente, muy valioso.

Lo más hermoso de mi obra, sin embargo, es su silencio. Cierto, es engañoso. De repente puede ser interrumpido y todo habrá terminado. Pero por ahora, sigue ahí. Durante horas puedo deslizarme por mis galerías y no oír nada más que, a veces, el susurro de algún animalillo, al que enseguida hago callar entre mis dientes, o el desmoronamiento de la tierra, que me indica la necesidad de alguna reparación; por lo demás, hay silencio. El aire del bosque entra, es a la vez cálido y fresco. A veces me estiro y doy vueltas en la galería de puro placer. Es bueno para la vejez que se acerca tener una obra así, haberse puesto a cubierto cuando empieza el otoño. Cada cien metros he ensanchado las galerías en pequeñas plazas redondas; allí puedo acurrucarme cómodamente, calentarme con mi propio cuerpo y descansar. Allí duermo el dulce sueño de la paz, del deseo sosegado, de la meta alcanzada de ser dueño de una casa. No sé si es una costumbre de tiempos pasados o si los peligros de esta casa son lo suficientemente fuertes como para despertarme: regularmente, de vez en cuando, me sobresalto de un sueño profundo y escucho, escucho en el silencio, que aquí

reina inalterado de día y de noche, sonrió tranquilizado y me hundo con los miembros relajados en un sueño aún más profundo. ¡Pobres vagabundos sin casa, en los caminos, en los bosques, a lo sumo acurrucados en un montón de hojas o en una manada de compañeros, entregados a toda la perdición del cielo y de la tierra! Yo yazgo aquí en un lugar asegurado por todos lados —hay más de cincuenta de este tipo en mi obra— y entre el duermevela y el sueño inconsciente transcurren para mí las horas que elijo a mi antojo.

No del todo en el centro de la obra, prudentemente considerado para el caso de un peligro extremo —no tanto una persecución, sino un asedio—, se encuentra la plaza principal. Mientras que todo lo demás es quizás más un trabajo de la mente más esforzada que del cuerpo, esta plaza fuerte es el resultado del trabajo más arduo de mi cuerpo en todas sus partes. Varias veces, en la desesperación del agotamiento físico, quise abandonarlo todo, me revolqué de espaldas y maldije la obra, me arrastré fuera y la dejé abierta. Podía hacerlo, porque ya no quería volver a ella, hasta que, horas o días después, regresaba arrepentido, casi entonando un canto por la inviolabilidad de la obra y, con sincera alegría, comenzaba de nuevo el trabajo. El trabajo en la plaza fuerte también se dificultó innecesariamente (innecesariamente quiere decir que la obra no obtuvo ningún beneficio real del trabajo en vano) porque, justo en el lugar donde según el plano debía estar, la tierra era bastante suelta y arenosa; hubo que apisonarla para formar la gran plaza, bellamente abovedada y redondeada. Pero para tal trabajo solo tengo la frente. Con la frente, pues, embestí contra la tierra miles y miles de veces, día y noche, y era feliz cuando me la ensangrentaba, pues era una prueba de la incipiente solidez de la pared, y de esta manera, como se me concederá, me he ganado bien mi plaza fuerte.

En esta plaza fuerte reúno mis provisiones; todo lo que cazo dentro de la obra más allá de mis necesidades inmediatas, y todo lo que traigo de mis cacerías fuera de casa, lo amontoño aquí. La plaza es tan grande que las provisiones para medio año no la llenan. En consecuencia, puedo extenderlas, pasear entre ellas, jugar con ellas, deleitarme con la cantidad y los diferentes olores, y tener siempre una visión exacta de lo que hay. También puedo hacer reordenamientos y, según la estación del año, los cálculos previos y los planes de caza necesarios. Hay épocas en las que estoy tan bien provisto que, por indiferencia hacia la comida, ni siquiera toco a los bichejos que corretean por aquí, lo que, por otras razones, quizás sea imprudente. La frecuente ocupación con los preparativos de defensa conlleva que mis opiniones sobre el uso de la obra para tales fines cambien o evolucionen, aunque a pequeña escala. A veces me parece peligroso basar la defensa enteramente en la plaza fuerte; la diversidad de la obra me ofrece también posibilidades más diversas, y me parece más prudente distribuir un poco las provisiones y abastecer también algunas plazas pequeñas con ellas. Entonces determino, por ejemplo, que una de cada tres plazas sea de reserva, o una de cada cuatro sea principal y una de cada dos secundaria, y cosas por el estilo. O excluyo algunos caminos del almacenamiento de provisiones con fines de engaño, o elijo de forma caprichosa solo unas pocas plazas según su ubicación respecto a la salida principal. Cada nuevo plan de este tipo exige, sin embargo, un pesado trabajo de acarreo; debo hacer el nuevo cálculo y luego transportar las cargas de un lado a otro. Ciertamente, puedo hacerlo con calma, sin apresurarme, y no es tan malo llevar las cosas buenas en la boca, descansar donde quiera y picar lo que me apetezca. Peor es cuando a veces, generalmente al despertarme sobresaltado, me parece que la distribución actual es completamente errónea, que puede acarrear grandes peligros y que debe ser corregida de inmediato, a toda prisa, sin tener en cuenta el sueño o el cansancio; entonces me apresuro, entonces vuelo, entonces no tengo tiempo para cálculos; justo cuando quiero ejecutar un nuevo y preciso plan, agarro al azar lo que se me pone entre los dientes, arrastro, llevo, suspiro, gimo, tropiezo, y cualquier cambio arbitrario

del estado actual, que me parece tan sumamente peligroso, me basta. Hasta que poco a poco, con el despertar completo, llega la lucidez, apenas entiendo mi precipitación, aspiro profundamente la paz de mi casa, que yo mismo he perturbado, regreso a mi lugar de descanso, me duermo inmediatamente con un cansancio recién adquirido y, al despertar, como prueba irrefutable del trabajo nocturno que ya parece casi un sueño, tengo quizás una rata colgando de los dientes. Luego hay otras épocas en las que la unión de todas las provisiones en un solo lugar me parece lo mejor. ¿De qué me pueden servir las provisiones en las plazas pequeñas, cuánto se puede almacenar allí, y lo que sea que se lleve, obstruye el camino y quizás un día me estorbe en la defensa, al correr? Además, es tonto pero cierto que la autoconfianza se resiente cuando no se ven todas las provisiones juntas y no se sabe de un solo vistazo lo que se posee. ¿No puede perderse mucho con estas múltiples distribuciones? No puedo estar galopando continuamente por mis galerías transversales para ver si todo está en orden. La idea fundamental de distribuir las provisiones es correcta, pero en realidad solo si se tuvieran varias plazas como mi plaza fuerte. ¡Varias plazas así! ¡Claro! ¿Pero quién puede lograrlo? Además, ahora ya no se pueden integrar en el plan general de mi obra. Admito, sin embargo, que en eso reside un defecto de la obra, como siempre hay un defecto allí donde se posee solo un ejemplar de algo. Y también confieso que durante toda la obra vivió en mí, oscuramente en la conciencia pero con suficiente claridad si hubiera tenido la buena voluntad, la exigencia de varias plazas fuertes; no cedí a ella, me sentía demasiado débil para el trabajo descomunal; sí, me sentía demasiado débil para representarme la necesidad del trabajo, de alguna manera me consolaba con sentimientos no menos oscuros, según los cuales lo que de otro modo no bastaría, en mi caso, excepcionalmente, por gracia, probablemente porque a la providencia le interesa especialmente la conservación de mi frente, el martillo pilón, bastaría. Así que solo tengo una plaza fuerte, pero los oscuros sentimientos de que esta vez no bastará se han desvanecido. Sea como fuere, debo contentarme con una; las plazas pequeñas no pueden reemplazarla en absoluto, y así, cuando esta

visión ha madurado en mí, empiezo de nuevo a acarrear todo de vuelta desde las plazas pequeñas a la plaza fuerte. Durante un tiempo, me consuela tener todas las plazas y galerías libres, ver cómo en la plaza fuerte se acumulan las cantidades de carne y envían a lo lejos, hasta las galerías más externas, la mezcla de los muchos olores, cada uno de los cuales me deleita a su manera y que soy capaz de distinguir con precisión desde la distancia. Entonces suelen venir épocas especialmente pacíficas, en las que traslado mis lugares de descanso lentamente, gradualmente, desde los círculos exteriores hacia el interior, sumergiéndome cada vez más en los olores, hasta que no puedo soportarlo más y una noche me lanzo a la plaza fuerte, revuelvo enérgicamente entre las provisiones y me atiborro hasta la completa narcosis con lo mejor que amo. Tiempos felices, pero peligrosos; quien supiera aprovecharlos podría aniquilarme fácilmente, sin ponerse en peligro. También aquí la falta de una segunda o tercera plaza fuerte tiene un efecto perjudicial; es la gran acumulación única lo que me seduce. Intento protegerme de diversas maneras; la distribución en las plazas pequeñas es también una medida de este tipo, pero lamentablemente, como otras medidas similares, conduce a través de la privación a una avidez aún mayor, que luego, arrollando la razón, cambia arbitrariamente los planes de defensa para sus propios fines.

Después de tales épocas, para recobrar la compostura, suelo revisar la obra y, una vez hechas las reparaciones necesarias, la abandono a menudo, aunque siempre por poco tiempo. El castigo de prescindir de ella por mucho tiempo me parece demasiado duro incluso entonces, pero reconozco la necesidad de excursiones temporales. Siempre hay una cierta solemnidad cuando me acerco a la salida. En los tiempos de vida doméstica la evito, incluso evito recorrer la galería que conduce a ella en sus últimos tramos; tampoco es fácil deambular por allí, pues he dispuesto un pequeño y completo laberinto de galerías; allí comenzó mi obra, entonces no podía esperar terminarla tal como estaba en mi plano, empecé

medio en broma en ese rincón y así la primera alegría del trabajo se desfogó en un laberinto que entonces me parecía la corona de todas las obras, pero que hoy probablemente juzgo con más acierto como una obra demasiado minuciosa, no del todo digna del conjunto, que teóricamente quizás sea exquisita —aquí está la entrada a mi casa, decía yo entonces irónicamente a los enemigos invisibles y ya los veía a todos asfixiarse en el laberinto de la entrada—, pero que en realidad representa un juguete de paredes demasiado delgadas que apenas resistirá un ataque serio o a un enemigo que luche desesperadamente por su vida. ¿Debería reconstruir esta parte? Pospondré la decisión, y probablemente seguirá como está. Aparte del gran trabajo que me impondría, sería también el más peligroso que uno pueda imaginar. Entonces, cuando empecé la obra, podía trabajar allí con relativa tranquilidad, el riesgo no era mucho mayor que en cualquier otro lugar, pero hoy en día sería casi como querer llamar la atención caprichosamente sobre toda la obra; hoy ya no es posible. Casi me alegra; también existe una cierta sensibilidad por esta obra primeriza. Y si llegara un gran ataque, ¿qué diseño de entrada podría salvarme? La entrada puede engañar, distraer, atormentar al atacante; eso también lo hace esta en caso de necesidad. Pero a un ataque realmente grande debo intentar hacerle frente con todos los medios de la obra entera y con todas las fuerzas del cuerpo y del alma, eso es evidente. Así que esta entrada puede quedarse. La obra tiene tantas debilidades impuestas por la naturaleza, que bien puede conservar también esta, creada por mis manos y, aunque solo a posteriori, reconocida con precisión. Con todo esto, claro está, no se dice que este defecto no me inquiete de vez en cuando, o quizás siempre. Si en mis paseos habituales evito esta parte de la obra, es principalmente porque su aspecto me resulta desagradable, porque no quiero tener siempre a la vista un defecto de la obra, cuando ese defecto ya resuena demasiado en mi conciencia. Que el defecto allá arriba en la entrada sea imborrable, pero que yo, mientras se pueda evitar, me vea libre de su visión. Solo con ir en dirección a la salida, aunque aún esté separado de ella por galerías y plazas, creo ya entrar en la atmósfera de un gran peligro; a veces me parece como si mi pelaje se enrareciera, como si

pronto pudiera quedarme con la carne desnuda y ser recibido en ese momento por el aullido de mis enemigos. Cierto es que tales sentimientos los provoca ya de por sí la salida misma, el cese de la protección doméstica, pero es también esta estructura de entrada la que me atormenta especialmente. A veces sueño que la he reconstruido, la he cambiado por completo, rápidamente, con fuerzas gigantescas en una noche, sin que nadie lo note, y que ahora es inexpugnable; el sueño en que esto me sucede es el más dulce de todos, lágrimas de alegría y liberación brillan aún en mi barba cuando despierto.

El tormento de este laberinto debo, pues, superarlo también físicamente cuando salgo, y me resulta a la vez irritante y conmovedor cuando a veces me pierdo por un instante en mi propia creación y la obra parece esforzarse todavía por demostrarme, a mí, cuyo juicio está ya firme desde hace tiempo, su derecho a existir. Pero entonces estoy bajo la cubierta de musgo, a la que a veces dejo tiempo —tanto tiempo no me muevo de casa— para que se funda con el resto del suelo del bosque, y ahora solo falta un movimiento brusco de la cabeza y estoy en el exterior. Durante mucho tiempo no me atrevo a ejecutar este pequeño movimiento; si no tuviera que superar de nuevo el laberinto de la entrada, seguramente hoy lo dejaría y volvería atrás. ¿Cómo? ¿Tu casa está protegida, cerrada en sí misma? Vives en paz, caliente, bien alimentado, señor, único señor de una multitud de galerías y plazas, ¿y todo esto quieres, si no sacrificarlo, sí en cierto modo ponerlo en juego, tienes la confianza de recuperarlo, pero te arriesgas a un juego alto, demasiado alto? ¿Habría razones sensatas para ello? No, para algo así no puede haber razones sensatas. Pero entonces levanto con cuidado la trampilla y estoy fuera, la dejo caer con cuidado y huyo, tan rápido como puedo, de aquel lugar delator.

Pero en realidad no estoy al aire libre; ya no me aprieto por las galerías, sino que corro por el bosque abierto, siento en mi cuerpo nuevas fuerzas para las que en la obra no hay espacio, ni siquiera en la plaza fuerte, aunque fuera diez veces más grande. También la alimentación fuera es mejor, la caza es más difícil, el éxito más raro, pero el resultado es más valioso en todos los aspectos; todo esto no lo niego y sé apreciarlo y disfrutarlo, al menos tan bien como cualquier otro, pero probablemente mucho mejor, pues no cazo como un vagabundo por ligereza o desesperación, sino con un propósito y con calma. Tampoco estoy destinado y entregado a la vida libre, sino que sé que mi tiempo es limitado, que no tengo que cazar aquí eternamente, sino que, en cierto modo, cuando quiera y esté cansado de esta vida, alguien me llamará, a cuya invitación no podré resistirme. Y así puedo disfrutar plenamente y sin preocupaciones este tiempo aquí; mejor dicho, podría hacerlo y sin embargo no puedo. Demasiado me ocupa la obra. He huido rápidamente de la entrada, pero pronto regreso. Busco un buen escondite y acecho la entrada de mi casa —esta vez desde fuera— días y noches. Que se llame a esto necesidad, a mí me produce una alegría indecible y me tranquiliza. Me siento entonces como si no estuviera ante mi casa, sino ante mí mismo mientras duermo, y tuviera la suerte de dormir profundamente y al mismo tiempo poder vigilarme con agudeza. En cierto modo, soy un privilegiado al ver los fantasmas de la noche no solo en la indefensión y la confianza del sueño, sino al mismo tiempo enfrentarlos en la realidad con toda la fuerza de la vigilia y un juicio sereno. Y descubro que, curiosamente, no estoy tan mal como a menudo creía y como probablemente volveré a creer cuando descienda a mi casa. En este sentido, y también en otros, pero en este especialmente, estas excursiones son verdaderamente indispensables. Cierto, por muy cuidadosamente que haya elegido la entrada apartada, el tráfico que por allí se desarrolla es, si se resumen las observaciones de una semana, muy grande; pero así es quizás en todas las zonas habitables, y probablemente sea incluso mejor exponerse a un tráfico mayor que, por su magnitud, se arrastra a sí mismo, que estar a merced, en completa soledad, del primer intruso que llegue buscando

lentamente. Aquí hay muchos enemigos y aún más ayudantes de enemigos, pero también se combaten entre sí y en estas ocupaciones pasan de largo junto a la obra. En todo este tiempo no he visto a nadie investigar directamente en la entrada, para mi suerte y la suya, pues, enloquecido por la preocupación por la obra, me habría arrojado sin duda a su garganta. Cierto, también vino gente en cuya proximidad no me atreví a quedarme y de la que tuve que huir en cuanto la presentí en la lejanía; sobre su comportamiento respecto a la obra no podría pronunciarme con seguridad, pero basta para mi tranquilidad que regresé pronto, no encontré a ninguno de ellos y la entrada estaba intacta. Hubo tiempos felices en los que casi me decía que la hostilidad del mundo hacia mí quizás había cesado o se había calmado, o que el poder de la obra me elevaba por encima de la lucha aniquiladora de hasta entonces. La obra protege quizás más de lo que jamás he pensado o me atrevo a pensar en su interior. Llegué al punto de que a veces sentía el deseo infantil de no volver nunca más a la obra, sino de instalarme aquí, cerca de la entrada, pasar mi vida observándola y tener siempre presente, y encontrar en ello mi felicidad, cuán firmemente la obra, si estuviera dentro, sería capaz de protegerme. Bueno, hay un rápido despertar de los sueños infantiles. ¿Qué clase de seguridad es esta que observo aquí? ¿Puedo acaso juzgar el peligro en el que estoy en la obra basándome en las experiencias que tengo aquí fuera? ¿Tienen mis enemigos el olfato adecuado cuando no estoy en la obra? Ciertamente rastrean, pero no el completo. ¿Y no es a menudo la existencia del rastro completo la condición previa para el peligro normal? Son, pues, solo intentos a medias y a la décima parte los que realizo aquí, adecuados para tranquilizarme y, a través de una falsa tranquilidad, ponerme en el mayor de los peligros. No, no observo mi sueño, como creía, sino que soy yo quien duerme mientras el destructor vigila. Quizás esté entre los que pasan descuidadamente junto a la entrada, asegurándose, no de otra manera que yo, de que la puerta sigue intacta y esperando su ataque, y solo pasan de largo porque saben que el señor de la casa no está dentro, o porque quizás incluso saben que está inocentemente al acecho en el matorral de al lado. Y

abandono mi puesto de observación y estoy harto de la vida al aire libre; me parece que ya no puedo aprender nada más aquí, ni ahora ni más tarde. Y tengo ganas de despedirme de todo aquí, de descender a la obra y no volver nunca más, de dejar que las cosas sigan su curso y no detenerlas con observaciones inútiles. Pero, malacostumbrado por haber visto durante tanto tiempo todo lo que sucedía sobre la entrada, me resulta ahora muy penoso llevar a cabo el procedimiento, en sí mismo llamativo, de descender y no saber qué ocurrirá en todo el perímetro a mis espaldas y luego detrás de la trampilla nuevamente colocada. Lo intento primero en noches de tormenta, arrojando rápidamente la presa dentro; parece funcionar, pero si realmente ha funcionado solo se verá cuando yo mismo haya entrado; se verá, pero ya no para mí, o también para mí, pero demasiado tarde. Así que lo dejo y no entro. Cavo, naturalmente a una distancia suficiente de la entrada real, una zanja de prueba; no es más larga que yo y también está cubierta por una capa de musgo. Me arrastro dentro de la zanja, la cubro detrás de mí, espero cuidadosamente, calculo tiempos más cortos y más largos a diferentes horas del día, luego quito el musgo, salgo y registro mis observaciones. Hago las más diversas experiencias, buenas y malas, pero no encuentro una ley general o un método infalible para descender. En consecuencia, todavía no he descendido a la entrada real y estoy desesperado por tener que hacerlo pronto. No estoy muy lejos de la decisión de marcharme a lo lejos, de reanudar la vieja y desoladora vida que no tenía ninguna seguridad, que era una única e indistinguible plenitud de peligros y que, por consiguiente, no dejaba ver y temer el peligro individual con tanta precisión como me lo enseña constantemente la comparación entre mi segura obra y la vida de fuera. Ciertamente, tal decisión sería una completa locura, provocada solo por una vida demasiado larga en la libertad sin sentido; la obra todavía me pertenece, solo tengo que dar un paso y estoy a salvo. Y me arranco de todas las dudas y corro directamente hacia la puerta a plena luz del día, para levantarla ahora con toda certeza, pero no puedo, paso de largo y me lanzo a propósito a un matorral de espinas, para castigarme, para castigarme por una culpa que no conozco. Entonces, sin embargo, al final debo decirme que

tengo razón y que es realmente imposible descender sin exponer lo más preciado que tengo a todos los que me rodean, en el suelo, en los árboles, en el aire, al menos por un momento. Y el peligro no es imaginario, sino muy real. No tiene por qué ser un enemigo propiamente dicho el que sienta el deseo de seguirme; puede ser perfectamente cualquier pequeña inocencia, cualquier pequeña y repugnante criatura que me siga por curiosidad y se convierta así, sin saberlo, en la guía del mundo contra mí. Tampoco tiene que ser eso; quizás sea —y esto no es menos malo que lo otro, en algunos aspectos es lo peor— quizás sea alguien de mi especie, un conocedor y apreciador de obras, algún hermano del bosque, un amante de la paz, pero un canalla miserable que quiere vivir sin construir. Si viniera ahora, si descubriera la entrada con su sucia codicia, si empezara a trabajar para levantar el musgo, si lo consiguiera, si se metiera dentro por mí y ya estuviera tan adentro que su trasero asomara por un instante, si todo eso sucediera, para que yo, finalmente, en un arrebatado, tras él, libre de toda consideración, pudiera saltarle encima, morderlo, despedazarlo, desgarrarlo y beberme su sangre y arrojar su cadáver junto a las otras presas, pero sobre todo —eso sería lo principal— estar finalmente de nuevo en mi obra, dispuesto esta vez incluso a admirar el laberinto, pero primero a echarme la cubierta de musgo por encima y descansar, creo, todo el resto de mi vida. Pero no viene nadie y me quedo solo, a merced de mí mismo. Ocupado continuamente solo con la dificultad del asunto, pierdo gran parte de mi ansiedad; ya no evito la entrada ni siquiera físicamente; rodearla en círculos se convierte en mi ocupación favorita; es casi como si yo fuera el enemigo y espicara la oportunidad propicia para irrumpir con éxito. Si tuviera a alguien en quien pudiera confiar, a quien pudiera poner en mi puesto de observación, entonces podría descender con tranquilidad. Acordaría con él, en quien confío, que observara la situación durante mi descenso y durante un largo tiempo después; en caso de signos peligrosos, que golpeará la cubierta de musgo, pero no en otro caso. Con eso, todo estaría despejado sobre mí; no quedaría ningún resto, a lo sumo mi hombre de confianza. —¿Pues no exigiré una contrapartida, no querrá al menos ver la obra? Ya

esto, dejar entrar a alguien voluntariamente en mi obra, me resultaría extremadamente penoso. La he construido para mí, no para visitantes; creo que no lo dejaría entrar; ni siquiera a cambio de que me permitiera entrar en la obra, no lo dejaría entrar. Pero no podría dejarlo entrar en absoluto, porque o tendría que dejarlo bajar solo, y eso está fuera de toda imaginación, o tendríamos que descender al mismo tiempo, con lo que se perdería la ventaja que se supone que me aporta, la de hacer observaciones a mis espaldas. ¿Y qué hay de la confianza? ¿Puedo confiar en aquel en quien confío cara a cara, de la misma manera cuando no lo veo y cuando la cubierta de musgo nos separa? Es relativamente fácil confiar en alguien cuando se le vigila al mismo tiempo o al menos se le puede vigilar; quizás incluso sea posible confiar en alguien a distancia; pero confiar completamente en alguien de fuera desde el interior de la obra, es decir, desde otro mundo, creo que es imposible. Pero tales dudas ni siquiera son necesarias; basta con la consideración de que, durante o después de mi descenso, todos los innumerables azares de la vida pueden impedir que el hombre de confianza cumpla con su deber, ¿y qué consecuencias imprevisibles puede tener para mí su más mínima indisposición? No, si se suma todo, no tengo por qué lamentar estar solo y no tener a nadie en quien confiar. Ciertamente no pierdo ninguna ventaja con ello y probablemente me ahorro daños. Pero solo puedo confiar en mí y en la obra. Debería haber pensado en esto antes y haber tomado precauciones para el caso que ahora tanto me ocupa. Al principio de la obra habría sido posible, al menos en parte. Debería haber diseñado la primera galería de tal manera que tuviera dos entradas, a una distancia adecuada la una de la otra, de modo que hubiera descendido por una entrada con todas las inevitables complicaciones, hubiera recorrido rápidamente la galería inicial hasta la segunda entrada, levantado un poco la cubierta de musgo allí, que debería haber estado dispuesta para tal fin, y desde allí hubiera intentado observar la situación durante algunos días y noches. Solo así habría sido correcto. Cierto es que dos entradas duplican el peligro, pero esta consideración debería haber sido silenciada aquí, sobre todo porque una de las entradas, pensada solo como puesto de observación,

podría haber sido muy estrecha. Y con esto me pierdo en consideraciones técnicas, empiezo una vez más a soñar mi sueño de una obra absolutamente perfecta; eso me tranquiliza un poco, veo con los ojos cerrados, encantado, posibilidades de obra claras y menos claras para poder entrar y salir sin ser visto.

Cuando yazgo así y pienso en ello, valoro mucho estas posibilidades, pero solo como logros técnicos, no como ventajas reales. Porque este entrar y salir sin obstáculos, ¿para qué? Indica una mente inquieta, una autovaloración insegura, deseos impuros, malas cualidades que se vuelven mucho peores frente a la obra, que ahí está y es capaz de infundir paz si uno se abre a ella por completo. Ahora, claro está, estoy fuera de ella y busco una posibilidad de regreso; para eso, las instalaciones técnicas necesarias serían muy deseables. Pero quizás no tanto. ¿No es subestimar mucho la obra, en la actual ansiedad nerviosa, considerarla solo como una madriguera en la que uno quiere esconderse con la mayor seguridad posible? Ciertamente, también es esa madriguera segura, o debería serlo, y si me imagino en medio de un peligro, entonces quiero, con los dientes apretados y con toda la fuerza de la voluntad, que la obra no sea otra cosa que el agujero destinado a salvar mi vida y que cumpla esta tarea claramente establecida con la mayor perfección posible, y estoy dispuesto a perdonarle cualquier otra tarea. Pero la realidad es que —y para ella no se tiene vista en la gran necesidad, e incluso en tiempos de peligro hay que adquirir primero esa vista—, aunque da mucha seguridad, no es ni mucho menos suficiente. ¿Acaso cesan por completo las preocupaciones en ella? Son otras, más orgullosas, más ricas en contenido, a menudo muy reprimidas, pero su efecto devorador es quizás el mismo que el de las preocupaciones que la vida de fuera procura. Si hubiera construido la madriguera solo para asegurar mi vida, no habría sido engañado, pero la relación entre el trabajo descomunal y la seguridad real, al menos en la medida en que soy capaz de sentirla y de beneficiarme de ella, no sería

favorable para mí. Es muy doloroso admitirlo, pero hay que hacerlo, precisamente frente a la entrada allí, que ahora se cierra contra mí, el constructor y propietario, sí, formalmente se contrae. Pero la obra no es solo un agujero de salvación. Cuando estoy en la plaza fuerte, rodeado de las altas provisiones de carne, con el rostro vuelto hacia las diez galerías que parten de aquí, cada una especialmente inclinada o elevada, recta o curvada, ensanchándose o estrechándose según el conjunto, y todas igualmente silenciosas y vacías, y dispuestas, cada una a su manera, a conducirme a las muchas plazas, y todas ellas también silenciosas y vacías —entonces el pensamiento de la seguridad está lejos de mí, entonces sé exactamente que aquí está mi fortaleza, que he arrancado al suelo reacio arañando y mordiendo, apisonando y empujando, mi fortaleza, que de ninguna manera puede pertenecer a nadie más y que es tan mía que aquí, al final, puedo aceptar tranquilamente de mi enemigo incluso la herida mortal, pues mi sangre se filtrará aquí en mi suelo y no se perderá. ¿Y qué otra cosa es, si no, el sentido de las hermosas horas que suelo pasar, medio durmiendo en paz, medio despierto alegremente, en las galerías, en estas galerías que están calculadas exactamente para mí, para estirarme placenteramente, para revolcarme infantilmente, para yacer soñadoramente, para dormirme felizmente? Y las pequeñas plazas, cada una bien conocida por mí, cada una, a pesar de su total igualdad, distinguida claramente por mí con los ojos cerrados solo por la curvatura de las paredes, me abrazan pacífica y cálidamente, como ningún nido abraza a su pájaro. Y todo, todo silencioso y vacío.

Pero si es así, ¿por qué dudo entonces, por qué temo al intruso más que a la posibilidad de no volver a ver nunca mi obra? Bueno, esto último es, afortunadamente, una imposibilidad; no sería necesario aclararme primero mediante reflexiones lo que la obra significa para mí; yo y la obra estamos tan unidos que podría instalarme aquí tranquilamente, tranquilamente a pesar de todo mi miedo, sin necesidad de intentar superarme, ni de abrir la entrada

contra todas las dudas; bastaría con que esperara sin hacer nada, pues nada puede separarnos por mucho tiempo y de alguna manera terminaré bajando, sin duda. Pero, claro está, ¿cuánto tiempo puede pasar hasta entonces y cuánto puede ocurrir en ese tiempo, tanto aquí arriba como allí abajo? Y solo de mí depende acortar ese período y hacer lo necesario de inmediato.

Y ahora, ya incapaz de pensar por el cansancio, con la cabeza gacha, las piernas inseguras, medio dormido, más a tientas que caminando, me acerco a la entrada, levanto lentamente el musgo, descendiendo lentamente, dejo por distracción la entrada descubierta un tiempo innecesariamente largo, recuerdo entonces lo olvidado, vuelvo a subir para remediarlo, pero ¿para qué subir? Solo debo cerrar la cubierta de musgo, bien, así que vuelvo a bajar y finalmente cierro la cubierta de musgo. Solo en este estado, exclusivamente en este estado, puedo llevar a cabo esta tarea. — Entonces yazgo bajo el musgo, sobre la presa traída, bañado en sangre y jugos de carne, y podría empezar a dormir el anhelado sueño. Nada me molesta, nadie me ha seguido, sobre el musgo parece, al menos hasta ahora, haber tranquilidad, e incluso si no la hubiera, creo que ahora no podría entretenerme con observaciones; he cambiado de lugar, del mundo superior he venido a mi obra y siento su efecto de inmediato. Es un mundo nuevo que da nuevas fuerzas, y lo que arriba es cansancio, aquí no cuenta como tal. He regresado de un viaje, inconsciente de cansancio por los esfuerzos, pero el reencuentro con la vieja morada, el trabajo de acondicionamiento que me espera, la necesidad de inspeccionar rápidamente al menos superficialmente todas las estancias, pero sobre todo de llegar urgentemente a la plaza fuerte, todo eso transforma mi cansancio en inquietud y celo; es como si durante el instante en que entré en la obra hubiera dormido un sueño largo y profundo. El primer trabajo es muy laborioso y me absorbe por completo: llevar la presa a través de las galerías estrechas y de paredes débiles del laberinto. Empujo hacia adelante con todas mis

fuerzas y avanzo, pero demasiado lento para mi gusto; para acelerar, arrastro hacia atrás una parte de la masa de carne y me abro paso por encima de ella, a través de ella; ahora solo tengo una parte delante, ahora es más fácil empujarla, pero estoy tan metido en medio de la abundancia de carne aquí en las galerías estrechas, por las que, incluso cuando estoy solo, no siempre me resulta fácil pasar, que bien podría asfixiarme en mis propias provisiones; a veces solo puedo salvarme de su presión comiendo y bebiendo. Pero el transporte tiene éxito, lo termino en no mucho tiempo, el laberinto está superado, respiro aliviado en una galería regular, empujo la presa por una galería de conexión hacia una galería principal especialmente prevista para tales casos, que desciende en fuerte pendiente hacia la plaza fuerte. Ahora ya no es un trabajo, ahora todo rueda y fluye casi por sí solo hacia abajo. ¡Finalmente en mi plaza fuerte! ¡Finalmente podré descansar! Todo está inalterado, no parece haber ocurrido ninguna desgracia mayor, los pequeños daños que noto a primera vista se repararán pronto, solo queda antes el largo paseo por las galerías, pero eso no es un esfuerzo, es una charla con amigos, como lo hacía en los viejos tiempos o —todavía no soy tan viejo, pero para muchas cosas la memoria ya se nubla por completo— como lo hacía o como oí que suele hacerse. Empiezo ahora con la segunda galería, a propósito lentamente; después de haber visto la plaza fuerte, tengo un tiempo infinito —siempre dentro de la obra tengo un tiempo infinito—, pues todo lo que hago allí es bueno e importante y me satisface en cierto modo. Empiezo con la segunda galería e interrumpo la revisión a la mitad y paso a la tercera galería y dejo que me lleve de vuelta a la plaza fuerte y ahora, claro está, tengo que empezar de nuevo con la segunda galería y así juego con el trabajo y lo multiplico y me río para mis adentros y me alegro y me siento completamente confuso por tanto trabajo, pero no lo dejo. Por vosotras, galerías y plazas, y sobre todo por tus preguntas, plaza fuerte, he venido, he despreciado mi vida, después de haber tenido durante mucho tiempo la estupidez de temblar por ella y de retrasar el regreso a vosotras. ¿Qué me importa ahora el peligro, si estoy con vosotras? Vosotras me pertenecéis, yo a vosotras, estamos unidos, ¿qué puede pasarnos?

Que arriba la gente ya se agolpe y el hocico esté listo para atravesar el musgo. Y con su mudez y su vacío, la obra también me saluda ahora y confirma lo que digo. —Pero ahora me invade una cierta lasitud y en una plaza que es una de mis favoritas, me acurruco un poco; todavía me falta mucho por inspeccionar, pero quiero seguir inspeccionando hasta el final, no quiero dormir aquí, solo cedo a la tentación de acomodarme como si quisiera dormir, quiero ver si todavía me sale tan bien como antes. Sale bien, pero yo no consigo despegarme, me quedo aquí en un sueño profundo.

Debo de haber dormido mucho tiempo. Solo del último sueño, que se disuelve por sí mismo, soy despertado; el sueño ya debe ser muy ligero, pues un silbido apenas audible en sí mismo me despierta. Lo entiendo de inmediato: el bicherío, demasiado poco vigilado por mí, demasiado consentido, ha abierto en mi ausencia un nuevo camino en alguna parte; este camino ha chocado con uno antiguo, el aire se queda atrapado allí y eso produce el silbido. ¡Qué gente tan incesantemente activa y qué molesta su diligencia! Tendré que determinar primero, escuchando atentamente las paredes de mi galería, mediante excavaciones de prueba, el lugar de la perturbación y solo entonces podré eliminar el ruido. Por cierto, la nueva galería, si de alguna manera se ajusta a las condiciones de la obra, también puede ser bienvenida como una nueva entrada de aire. Pero ahora prestaré mucha más atención a los pequeños, no se debe perdonar a ninguno. Como tengo mucha práctica en tales investigaciones, probablemente no tardaré mucho y puedo empezar de inmediato; aunque hay otros trabajos pendientes, este es el más urgente, debe haber silencio en mis galerías. Este ruido, por cierto, es relativamente inocente; no lo oí en absoluto cuando llegué, aunque seguramente ya estaba allí; tuve que volver a sentirme completamente en casa para oírlo, es, en cierto modo, audible solo con el oído del propietario. Y ni siquiera es constante, como suelen ser tales ruidos; hace grandes pausas, lo que evidentemente se debe a acumulaciones de la corriente de aire. Empiezo la

investigación, pero no logro encontrar el lugar donde habría que intervenir; hago algunas excavaciones, pero solo al azar; naturalmente, así no se consigue nada y el gran trabajo de cavar y el aún mayor de rellenar y nivelar es en vano. No me acerco en absoluto al lugar del ruido; siempre suena igual de tenue, en pausas regulares, a veces como un silbido, a veces como un pitido. Bueno, también podría dejarlo estar por ahora; es muy molesto, pero apenas puede haber dudas sobre el origen que he supuesto para el ruido, por lo que difícilmente se intensificará; al contrario, también puede ocurrir que —aunque hasta ahora nunca he esperado tanto— tales ruidos desaparezcan por sí solos con el tiempo debido al trabajo continuo de los pequeños perforadores, y, aparte de eso, a menudo un azar lleva fácilmente a la pista de la perturbación, mientras que la búsqueda sistemática puede fallar durante mucho tiempo. Así me consuelo y preferiría seguir vagando por las galerías y visitando las plazas, de las que todavía no he vuelto a ver muchas, y entretanto retozar un poco en la plaza fuerte, pero no me deja, tengo que seguir buscando. Mucho tiempo, mucho tiempo que podría emplearse mejor, me cuesta el bicherío. En tales ocasiones, suele ser el problema técnico lo que me atrae; me imagino, por ejemplo, a partir del ruido, que mi oído tiene la capacidad de distinguir en todas sus sutilezas, de forma perfectamente registrable, la causa, y ahora me urge comprobar si la realidad se corresponde. Con razón, pues mientras no se haya hecho aquí una constatación, tampoco puedo sentirme seguro, incluso si se tratara solo de saber adónde rodará un grano de arena que cae de una pared. Y un ruido así, en este sentido, no es un asunto sin importancia. Pero importante o no, por mucho que busque, no encuentro nada, o más bien, encuentro demasiado. Justo en mi lugar favorito tenía que suceder esto, pienso, me alejo bastante de allí, casi hasta la mitad del camino hacia la siguiente plaza; todo es en realidad una broma, como si quisiera demostrar que no es solo mi lugar favorito el que me ha causado esta molestia, sino que también hay molestias en otros lugares, y empiezo a escuchar sonriendo, pero pronto dejo de sonreír, pues, en verdad, el mismo silbido se oye también aquí. No es nada, a veces creo que nadie más que yo lo oiría; yo, claro, lo

oigo ahora cada vez más claramente con el oído aguzado por la práctica, aunque en realidad es exactamente el mismo ruido en todas partes, como puedo comprobar comparando. Tampoco se hace más fuerte, como reconozco cuando escucho en medio de la galería, sin pegar el oído directamente a la pared. Entonces solo con esfuerzo, incluso con concentración, puedo de vez en cuando adivinar más que oír el soplo de un sonido. Pero precisamente esta constancia en todos los lugares es lo que más me perturba, pues no se puede conciliar con mi suposición original. Si hubiera adivinado correctamente la causa del ruido, este debería haber irradiado con la mayor intensidad desde un lugar determinado, que habría que encontrar, y luego haberse vuelto cada vez más débil. Pero si mi explicación no era correcta, ¿qué era entonces? Existía la posibilidad de que hubiera dos centros de ruido, que hasta ahora solo hubiera escuchado lejos de los centros y que, al acercarme a uno de ellos, sus ruidos aumentaran, pero debido a la disminución de los ruidos del otro centro, el resultado total para el oído fuera siempre aproximadamente el mismo. Casi creí ya, si escuchaba atentamente, reconocer diferencias de sonido que correspondían a la nueva suposición, aunque solo muy vagamente. En cualquier caso, tenía que extender el área de prueba mucho más de lo que lo había hecho hasta ahora. Por eso, bajo por la galería hasta la plaza fuerte y empiezo a escuchar allí. —Extraño, el mismo ruido también aquí. Bueno, es un ruido producido por las excavaciones de unos animales insignificantes que han aprovechado mi ausencia de manera infame; en cualquier caso, están lejos de tener una intención dirigida contra mí, solo están ocupados con su trabajo y, mientras no se les ponga un obstáculo en el camino, mantienen la dirección una vez tomada; todo eso lo sé, sin embargo, me resulta incomprensible y me excita y me confunde el entendimiento, tan necesario para el trabajo, que se hayan atrevido a acercarse hasta la plaza fuerte. No quiero hacer distinciones al respecto: ¿fue la profundidad, no obstante considerable, en la que se encuentra la plaza fuerte, fue su gran extensión y la consiguiente fuerte corriente de aire lo que disuadió a los excavadores, o fue simplemente el hecho de que era la plaza fuerte lo que, por algún tipo de noticia, llegó a su obtuso sentido?

En cualquier caso, hasta ahora no había observado excavaciones en las paredes de la plaza fuerte. Los animales llegaban, sí, atraídos en masa por las fuertes emanaciones, aquí tenía mi coto de caza fijo, pero se habían abierto paso por algún lugar en mis galerías y luego bajaban por ellas, angustiados, pero poderosamente atraídos. Pero ahora, pues, también perforaban en las galerías. ¡Si al menos hubiera llevado a cabo los planes más importantes de mi juventud y primera madurez, o más bien, si hubiera tenido la fuerza para llevarlos a cabo, pues voluntad no me faltó! Uno de esos planes favoritos había sido aislar la plaza fuerte de la tierra circundante, es decir, dejar sus paredes con un grosor correspondiente aproximadamente a mi altura, pero más allá, crear un espacio hueco alrededor de la plaza fuerte, del tamaño de la pared, excepto por un pequeño cimientito que lamentablemente no se podía separar de la tierra. En este espacio hueco siempre me había imaginado, y probablemente no sin razón, el lugar de estancia más hermoso que podría haber para mí. Colgarse de esa redondez, trepar, deslizarse hacia abajo, dar volteretas y volver a tener suelo bajo los pies, y hacer todos estos juegos literalmente sobre el cuerpo de la plaza fuerte y, sin embargo, no en su espacio real; poder evitar la plaza fuerte, dejar descansar los ojos de ella, posponer la alegría de verla para más tarde y, sin embargo, no tener que prescindir de ella, sino tenerla literalmente sujeta entre las garras, algo que es imposible si solo se tiene el único acceso abierto y corriente a ella; pero sobre todo, poder vigilarla, ser compensado por la privación de su vista de tal manera que, sin duda, si se tuviera que elegir entre la estancia en la plaza fuerte o en el espacio hueco, se elegiría el espacio hueco para toda la vida, solo para vagar siempre por allí y proteger la plaza fuerte. Entonces no habría ruidos en las paredes, ni excavaciones insolentes hasta la plaza; entonces la paz estaría garantizada allí y yo sería su guardián; no tendría que escuchar con disgusto las excavaciones del bicherío, sino con deleite, algo que ahora se me escapa por completo: el murmullo del silencio en la plaza fuerte.

Pero toda esta belleza no existe y debo ponerme a trabajar; casi debo alegrarme de que ahora también esté en relación directa con la plaza fuerte, pues eso me da alas. Necesito, claro está, como se va viendo cada vez más, todas mis fuerzas para este trabajo, que al principio parecía insignificante. Escucho ahora las paredes de la plaza fuerte, y donde escucho, arriba y abajo, en las paredes o en el suelo, en las entradas o en el interior, en todas partes, en todas partes el mismo ruido. ¡Y cuánto tiempo, cuánta tensión requiere esta larga escucha del ruido intermitente! Un pequeño consuelo para autoengañarse puede encontrarse, si se quiere, en que aquí, en la plaza fuerte, si se aleja el oído del suelo, a diferencia de las galerías, no se oye nada debido al tamaño del lugar. Solo para descansar, para reflexionar, hago con frecuencia estas pruebas, escucho atentamente y soy feliz de no oír nada. Pero por lo demás, ¿qué ha pasado? Ante este fenómeno, mis primeras explicaciones fracasan por completo. Pero también otras explicaciones que se me ofrecen debo rechazarlas. Se podría pensar que lo que oigo es el propio bicherío trabajando. Pero eso contradeciría toda experiencia; lo que nunca he oído, aunque siempre ha estado ahí, no puedo empezar a oírlo de repente. Mi sensibilidad a las perturbaciones quizás se haya agudizado en la obra con los años, pero el oído no se ha vuelto más agudo en absoluto. Es precisamente la naturaleza del bicherío que no se le oye. ¿Lo habría tolerado si no? A riesgo de morir de hambre lo habría exterminado. Pero quizás —este pensamiento también se me insinúa— se trate aquí de un animal que aún no conozco. Sería posible. Cierto es que observo la vida aquí abajo desde hace mucho tiempo y con cuidado, pero el mundo es diverso y las sorpresas desagradables nunca faltan. Pero no sería un solo animal, tendría que ser una gran manada que de repente hubiera invadido mi territorio, una gran manada de animales pequeños que, aunque audibles, están por encima del bicherío, pero lo superan solo un poco, pues el ruido de su trabajo es en sí mismo leve. Podrían ser, pues, animales desconocidos, una manada en migración, que solo están de paso, que me molestan, pero cuyo paso pronto terminará. Así que podría esperar y, al final, no tendría que hacer un trabajo innecesario. Pero si son animales extraños, ¿por qué no los veo? Ya

he hecho muchas excavaciones para atrapar a uno de ellos, pero no encuentro ninguno. Se me ocurre que quizás sean animales muy diminutos, mucho más pequeños que los que conozco, y que solo el ruido que hacen es mayor. Por eso examino la tierra excavada, lanzo los terrones al aire para que se desintegren en las partículas más pequeñas, pero los ruidosos no están entre ellos. Poco a poco me doy cuenta de que con estas pequeñas excavaciones casuales no conseguiré nada; solo revuelvo las paredes de mi obra, escarbo aquí y allá con prisa, no tengo tiempo de tapar los agujeros, en muchos lugares ya hay montones de tierra que obstruyen el camino y la vista. Cierto, todo esto me molesta solo de pasada; ahora no puedo ni pasear, ni mirar alrededor, ni descansar; a menudo ya me he quedado dormido un rato en algún agujero mientras trabajaba, con una pata clavada arriba en la tierra, de la que en el último semisueño quería arrancar un trozo. Ahora cambiaré mi método. Construiré una zanja grande y regular en dirección al ruido y no dejaré de cavar hasta que, independientemente de todas las teorías, encuentre la causa real del ruido. Entonces la eliminaré, si está en mi poder; si no, al menos tendré certeza. Esta certeza me traerá tranquilidad o desesperación, pero sea como sea, una cosa u otra; será indudable y justificada. Esta decisión me sienta bien. Todo lo que he hecho hasta ahora me parece precipitado; en la agitación del regreso, aún no libre de las preocupaciones del mundo superior, aún no completamente acogido en la paz de la obra, hipersensible por haber tenido que prescindir de ella durante tanto tiempo, me he dejado llevar por un fenómeno, hay que admitirlo, extraño, hasta perder toda reflexión. ¿Qué pasa? Un leve silbido, audible solo en largas pausas, una nada a la que uno podría, no quiero decir acostumbrarse; no, acostumbrarse no podría, pero que se podría observar durante un tiempo sin hacer nada directamente en contra, es decir, escuchar ocasionalmente cada pocas horas y registrar pacientemente el resultado, pero no, como yo, arrastrar el oído por las paredes y casi cada vez que el ruido se hace audible, desgarrar la tierra, no para encontrar algo realmente, sino para hacer algo que corresponda a la inquietud interior. Eso cambiará ahora, espero. Y espero que no, también —como me confieso con los ojos cerrados,

furioso conmigo mismo—, pues la inquietud tiembla en mí exactamente igual que desde hace horas y si la razón no me contuviera, probablemente preferiría empezar a cavar en cualquier lugar, sin importar si allí se oye algo o no, estúpidamente, obstinadamente, solo por cavar, casi como el bicherío, que cava o bien sin ningún sentido o solo porque come la tierra. El nuevo plan razonable me atrae y no me atrae. No hay nada que objetar, yo al menos no sé ninguna objeción; debe, hasta donde entiendo, llevar al objetivo. Y sin embargo, en el fondo no creo en él, creo tan poco en él que ni siquiera temo los posibles horrores de su resultado, ni siquiera creo en un resultado terrible; sí, me parece que ya desde la primera aparición del ruido había pensado en una excavación tan consecuente, y solo porque no tenía confianza en ella, no había empezado hasta ahora. A pesar de todo, naturalmente empezaré la zanja, no me queda otra opción, pero no empezaré de inmediato, aplazaré un poco el trabajo. Si la razón ha de volver a ser honrada, que sea por completo; no me lanzaré a este trabajo. En cualquier caso, antes repararé los daños que he causado a la obra con mi escarbado; eso costará no poco tiempo, pero es necesario; si la nueva zanja realmente lleva a un objetivo, probablemente será larga, y si no lleva a ningún objetivo, será interminable; en cualquier caso, este trabajo significa una ausencia más prolongada de la obra, no tan mala como aquella en el mundo superior, puedo interrumpir el trabajo cuando quiera e ir de visita a casa, e incluso si no lo hago, el aire de la plaza fuerte llegará hasta mí y me rodeará en el trabajo, pero aun así significa una distancia de la obra y la entrega a un destino incierto; por eso quiero dejar la obra en buen estado detrás de mí, que no se diga que yo, que luchaba por su tranquilidad, la he perturbado yo mismo y no la he restablecido de inmediato. Así que empiezo a echar la tierra de vuelta en los agujeros, un trabajo que conozco bien, que he hecho innumerables veces casi sin conciencia de trabajo y que, especialmente en lo que respecta al último apisonamiento y alisado —no es en absoluto un simple autoelogio, es simplemente la verdad— soy capaz de ejecutar de manera insuperable. Esta vez, sin embargo, me resulta difícil, estoy demasiado distraído, una y otra vez en medio del trabajo pego el

oído a la pared y escucho y dejo que la tierra apenas levantada se deslice indiferentemente de nuevo por la pendiente. Los últimos trabajos de embellecimiento, que requieren una mayor atención, apenas puedo realizarlos. Quedan feas jorobas, grietas molestas, por no hablar de que la antigua curvatura de una pared así remendada no se recupera del todo. Intento consolarme pensando que es solo un trabajo provisional. Cuando vuelva, una vez restablecida la paz, lo mejoraré todo definitivamente, entonces todo se hará en un abrir y cerrar de ojos. Sí, en los cuentos de hadas todo va como la seda y a los cuentos de hadas pertenece también este consuelo. Sería mejor hacer un trabajo perfecto ahora mismo, mucho más útil que interrumpirlo una y otra vez, emprender viajes por las galerías y constatar nuevos puntos de ruido, lo cual es verdaderamente muy fácil, pues no requiere más que detenerse en cualquier lugar y escuchar. Y hago aún más descubrimientos inútiles. A veces me parece que el ruido ha cesado; hace largas pausas, a veces uno no oye tal silbido, la propia sangre late demasiado fuerte en el oído, entonces dos pausas se unen en una y por un momento uno cree que el silbido ha terminado para siempre.

Uno ya no escucha más, se levanta de un salto, toda la vida da un vuelco, es como si se abriera la fuente de la que emana el silencio de la obra. Uno se cuida de no verificar el descubrimiento de inmediato, busca a alguien a quien poder confiárselo sin dudas, galopa por tanto a la plaza fuerte, recuerda, ya que ha despertado a una nueva vida con todo su ser, que hace mucho que no ha comido, arranca algo de las provisiones medio enterradas bajo tierra y lo engulle mientras corre de vuelta al lugar del increíble descubrimiento, quiere primero solo de pasada, solo fugazmente mientras come, convencerse de nuevo del asunto, escucha, pero la escucha fugaziente muestra de inmediato que se ha equivocado vergonzosamente: impertérrito, silba allá lejos en la distancia. Y uno escupe la comida y quisiera pisotearla en el suelo y vuelve a su trabajo, sin saber a cuál; en algún lugar, donde parece necesario, y

de esos lugares hay muchos, uno empieza a hacer algo mecánicamente, como si solo hubiera llegado el supervisor y hubiera que representarle una comedia. Pero apenas ha trabajado uno un rato de esta manera, puede ocurrir que haga un nuevo descubrimiento. El ruido parece haberse hecho más fuerte, no mucho más fuerte, naturalmente, aquí siempre se trata de las más finas diferencias, pero un poco más fuerte sí, claramente perceptible para el oído. Y este fortalecimiento parece un acercamiento; aún más claramente de lo que se oye el fortalecimiento, se ve formalmente el paso con el que se acerca. Uno salta hacia atrás desde la pared, intenta abarcar con una mirada todas las posibilidades que este descubrimiento traerá consigo. Uno tiene la sensación de que nunca ha preparado realmente la obra para la defensa contra un ataque; la intención la tenía, pero en contra de toda experiencia vital, el peligro de un ataque y, por tanto, las instalaciones de defensa le parecían lejanos —o no lejanos (¡cómo sería posible!), pero de un rango muy inferior a las instalaciones para una vida pacífica, a las que por eso se dio preferencia en todas partes en la obra. Mucho podría haberse dispuesto en esa dirección sin perturbar el plano fundamental; se ha omitido de una manera incomprensible. He tenido mucha suerte en todos estos años, la suerte me ha malcriado, he estado inquieto, pero la inquietud dentro de la suerte no conduce a nada.

Lo que habría que hacer ahora, en primer lugar, sería inspeccionar la obra con precisión en lo que respecta a la defensa y a todas las posibilidades imaginables en ella, elaborar un plan de defensa y un plan de obra correspondiente y luego empezar a trabajar de inmediato, fresco como un joven. Ese sería el trabajo necesario, para el cual, dicho sea de paso, es naturalmente demasiado tarde, pero sería el trabajo necesario, y de ninguna manera la excavación de una gran zanja de investigación, que en realidad solo tiene el propósito de dedicarme, indefenso, con todas mis fuerzas, a la búsqueda del peligro, en el temor necio de que no pueda llegar por

sí mismo lo suficientemente pronto. De repente no entiendo mi plan anterior. No puedo encontrar en lo que antes era sensato la menor sensatez; de nuevo dejo el trabajo y también la escucha, no quiero descubrir más fortalecimientos, ya he tenido suficientes descubrimientos, lo dejo todo, ya estaría contento si pudiera calmar mi conflicto interior. De nuevo me dejo llevar por mis galerías, llego a las más remotas, no vistas desde mi regreso, aún completamente intactas por mis garras escarbadoras, cuyo silencio se despierta a mi llegada y se cierne sobre mí. No me entrego, paso de largo apresuradamente, no sé qué busco, probablemente solo un aplazamiento. Me desvío tanto que llego al laberinto; me tienta escuchar en la cubierta de musgo, cosas tan lejanas, por el momento tan lejanas, tienen mi interés. Avanzo hasta arriba y escucho. Profundo silencio; qué hermoso es aquí, a nadie le importa mi obra, cada uno tiene sus asuntos, que no tienen relación conmigo, ¿cómo he conseguido lograr eso? Aquí, en la cubierta de musgo, es quizás ahora el único lugar de mi obra donde puedo escuchar en vano durante horas. —Una inversión total de las circunstancias en la obra, el lugar que antes era de peligro se ha convertido en un lugar de paz, pero la plaza fuerte ha sido arrastrada al estruendo del mundo y sus peligros. Peor aún, tampoco aquí hay paz en realidad, aquí nada ha cambiado; ya sea silencioso o ruidoso, el peligro acecha como antes sobre el musgo, pero me he vuelto insensible a él, demasiado absorbido estoy por el silbido en mis paredes. ¿Estoy absorbido por él? Se hace más fuerte, se acerca, pero yo me deslizo por el laberinto y me instalo aquí arriba, bajo el musgo; es casi como si ya le cediera la casa al siseador, contento si solo tengo un poco de tranquilidad aquí arriba. ¿Al siseador? ¿Tengo acaso una nueva opinión definida sobre la causa del ruido? ¿El ruido proviene, pues, de los surcos que excava el bicherío? ¿No es esa mi opinión definida? No parece que me haya apartado de ella todavía. Y si no proviene directamente de los surcos, entonces de alguna manera indirecta. Y si no tuviera ninguna relación con ellos, entonces no se puede suponer nada de antemano y hay que esperar hasta que quizás se encuentre la causa o se manifieste por sí misma. Jugar con suposiciones, claro está, también

se podría ahora; se podría decir, por ejemplo, que en algún lugar lejano ha habido una inundación y lo que me parece un pitido o un silbido sería en realidad un susurro. Pero aparte de que no tengo ninguna experiencia en este sentido —el agua subterránea que encontré al principio la desvié enseguida y no ha vuelto en este suelo arenoso—, aparte de eso, es un silbido y no se puede reinterpretar como un susurro. Pero de qué sirven todas las amonestaciones a la calma, la imaginación no quiere detenerse y de hecho sigo creyendo —es inútil negárselo a uno mismo— que el silbido proviene de un animal, y no de muchos y pequeños, sino de uno solo y grande. Hay mucho que habla en contra. Que el ruido se oye en todas partes y siempre con la misma intensidad, y además, regularmente de día y de noche. Ciertamente, al principio uno tendería más bien a suponer muchos animales pequeños, pero como debería haberlos encontrado en mis excavaciones y no he encontrado nada, solo queda la suposición de la existencia del gran animal, sobre todo porque lo que parece contradecir la suposición son solo cosas que no hacen al animal imposible, sino solo peligroso más allá de toda imaginación. Solo por eso me he resistido a la suposición. Abandono este autoengaño. Hace tiempo que juego con la idea de que se oye incluso a gran distancia porque trabaja furiosamente, se abre paso por la tierra tan rápido como un paseante camina a paso ligero, la tierra tiembla con su excavación, incluso cuando ya ha pasado; esta vibración posterior y el ruido del trabajo mismo se unen en la gran distancia y yo, que solo oigo el último reflujo del ruido, lo oigo igual en todas partes. A esto contribuye el hecho de que el animal no se dirige hacia mí, por eso el ruido no cambia; más bien hay un plan cuyo sentido no alcanzo a ver, solo supongo que el animal, sin querer afirmar que sepa de mí, me está rodeando; ya debe haber trazado algunos círculos alrededor de mi obra desde que lo observo. —Me da mucho que pensar la naturaleza del ruido, el silbido o pitido. Cuando yo escavo y araño en la tierra a mi manera, suena completamente diferente. Solo puedo explicarme el silbido de tal manera que la herramienta principal del animal no son sus garras, con las que quizás solo se ayuda, sino su hocico o su trompa, que, aparte de su enorme fuerza, deben tener también alguna agudeza.

Probablemente clava la trompa en la tierra con un solo golpe poderoso y arranca un gran trozo; durante ese tiempo no oigo nada, esa es la pausa, pero luego vuelve a aspirar aire para el nuevo golpe. Esta aspiración de aire, que debe ser un ruido que sacude la tierra, no solo por la fuerza del animal, sino también por su prisa, su afán de trabajo, este ruido lo oigo yo como un leve silbido. Me resulta completamente incomprensible, sin embargo, su capacidad de trabajar sin cesar; quizás las pequeñas pausas también contengan la oportunidad de un diminuto descanso, pero a un verdadero y gran descanso parece que aún no ha llegado; día y noche excava siempre con la misma fuerza y frescura, con su plan a ejecutar con la mayor urgencia ante los ojos, para cuya realización posee todas las capacidades. Bueno, no podía esperar un adversario así. Pero, aparte de sus peculiaridades, ahora solo sucede algo que en realidad siempre debería haber temido, algo para lo que siempre debería haber hecho preparativos: ¡alguien se acerca! ¿Cómo es posible que durante tanto tiempo todo transcurriera en silencio y felizmente? ¿Quién ha dirigido los caminos de los enemigos para que dieran un gran rodeo alrededor de mi propiedad? ¿Por qué fui protegido durante tanto tiempo para ser ahora tan aterrorizado? ¡Qué eran todos los pequeños peligros, con cuya reflexión pasaba el tiempo, comparados con este! ¿Esperaba yo, como propietario de la obra, tener la supremacía sobre cualquiera que viniera? Precisamente como propietario de esta gran y sensible obra, soy, entiéndase bien, indefenso ante cualquier ataque serio. La felicidad de su posesión me ha malcriado, la sensibilidad de la obra me ha hecho sensible, sus heridas me duelen como si fueran las mías. Precisamente esto debería haber previsto, no solo pensar en mi propia defensa —y con qué ligereza y falta de resultados lo he hecho—, sino en la defensa de la obra. Debería haberse previsto, sobre todo, que partes individuales de la obra, y tantas partes individuales como fuera posible, si eran atacadas por alguien, pudieran ser separadas de las partes menos amenazadas mediante desprendimientos de tierra, que deberían ser realizables en el menor tiempo posible, y separadas por tales masas de tierra, y de manera tan efectiva, que el atacante ni siquiera sospechara que detrás

estaba la verdadera obra. Más aún, estos desprendimientos de tierra deberían ser adecuados no solo para ocultar la obra, sino también para enterrar al atacante. No he hecho el más mínimo intento de algo así, nada, absolutamente nada se ha hecho en esa dirección, he sido descuidado como un niño, he pasado mis años de hombre en juegos infantiles, incluso con los pensamientos sobre los peligros solo he jugado, he omitido pensar realmente en los peligros reales. Y no han faltado advertencias.

Algo que se acercara a lo de ahora no ha sucedido, es cierto, pero sí algo similar en los primeros tiempos de la obra. La principal diferencia era precisamente que eran los primeros tiempos de la obra... Trabajaba entonces, formalmente como un pequeño aprendiz, todavía en la primera galería; el laberinto estaba apenas esbozado, ya había excavado una pequeña plaza, pero su tamaño y el tratamiento de las paredes eran un completo fracaso; en resumen, todo estaba tan al principio que solo podía considerarse un intento, algo que, si la paciencia se agotaba, se podría abandonar de repente sin gran pesar. Sucedió entonces que una vez, en una pausa del trabajo —he hecho demasiadas pausas en mi vida—, yacía entre mis montones de tierra y de repente oí un ruido a lo lejos. Joven como era, me produjo más curiosidad que miedo. Dejé el trabajo y me dediqué a escuchar; al menos escuchaba y no corría arriba bajo el musgo para estirarme y no tener que escuchar. Al menos escuchaba. Podía distinguir bastante bien que se trataba de una excavación, similar a la mía; sonaba algo más débil, pero cuánto de eso se debía a la distancia, no se podía saber. Estaba expectante, pero por lo demás, frío y tranquilo. Quizás estoy en una obra ajena, pensé, y el propietario está excavando ahora hacia mí. Si esta suposición se hubiera confirmado, yo, que nunca he sido ni conquistador ni agresivo, me habría marchado para construir en otro lugar. Pero claro, todavía era joven y no tenía obra; aún podía estar frío y tranquilo. El curso posterior del asunto tampoco me produjo una agitación esencial, solo que no era fácil de interpretar.

Quienquiera que fuera el que cavaba allí, si realmente se dirigía hacia mí porque me había oído cavar, entonces, cuando, como sucedió de hecho, cambió de dirección, no era posible determinar si lo hacía porque mi pausa en el trabajo le quitaba cualquier punto de referencia para su camino, o más bien porque él mismo cambiaba de intención. Quizás, sin embargo, me había equivocado por completo y nunca se había dirigido directamente hacia mí; en cualquier caso, el ruido se intensificó durante un tiempo, como si se acercara; yo, joven, quizás no habría estado descontento de ver al excavador surgir de repente de la tierra, pero no sucedió nada de eso; a partir de un cierto punto, la excavación comenzó a debilitarse, se volvió más y más silenciosa, como si el excavador se desviara gradualmente de su primera dirección y de repente se detuvo por completo, como si ahora se hubiera decidido por una dirección completamente opuesta y se alejara directamente de mí hacia la lejanía. Mucho tiempo después seguí escuchando en el silencio, antes de volver a trabajar. Bueno, esta advertencia fue suficientemente clara, pero pronto la olvidé y apenas tuvo influencia en mis planes de obra.

Entre entonces y ahora yace mi edad adulta; ¿pero no es como si no hubiera nada en medio? Todavía hago una larga pausa en el trabajo y escucho en la pared, y el excavador ha cambiado de nuevo su intención, ha dado media vuelta, regresa de su viaje, cree que entretanto me ha dejado tiempo suficiente para prepararme para su recepción. Pero de mi lado todo está menos preparado que entonces, la gran obra está ahí, indefensa, y yo ya no soy un pequeño aprendiz, sino un viejo maestro de obras, y las fuerzas que aún tengo me fallan cuando llega el momento de la decisión; pero por muy viejo que sea, me parece que preferiría ser aún más viejo de lo que soy, tan viejo que ya no pudiera levantarme de mi lecho de descanso bajo el musgo. Porque en realidad no lo soporto aquí, me levanto y corro, como si aquí, en lugar de con tranquilidad, me hubiera llenado de nuevas preocupaciones, de nuevo hacia abajo, a

la casa. —¿Cómo estaban las cosas al final? ¿El silbido se había debilitado? No, se había fortalecido. Escucho en diez lugares al azar y noto claramente el engaño, el silbido ha permanecido igual, nada ha cambiado. Allá no hay cambios, allá se está tranquilo y por encima del tiempo, pero aquí cada momento sacude al que escucha. Y de nuevo recorro el largo camino de vuelta a la plaza fuerte, todo a mi alrededor me parece agitado, parece mirarme, parece luego apartar la vista de inmediato para no molestarme, y sin embargo se esfuerza de nuevo por leer en mis facciones las decisiones salvadoras. Sacudo la cabeza, todavía no tengo ninguna. Tampoco voy a la plaza fuerte para ejecutar ningún plan. Paso por el lugar donde había querido hacer la zanja de investigación, lo examino de nuevo, habría sido un buen lugar, la zanja habría ido en la dirección en la que se encuentran la mayoría de las pequeñas entradas de aire, lo que me habría facilitado mucho el trabajo; quizás ni siquiera habría tenido que cavar muy lejos, ni siquiera habría tenido que llegar hasta el origen del ruido, quizás habría bastado con escuchar en las entradas. Pero ninguna reflexión es lo suficientemente fuerte como para animarme a este trabajo de excavación. ¿Esta zanja me traerá certeza? He llegado a un punto en que no quiero tener certeza en absoluto. En la plaza fuerte elijo un hermoso trozo de carne roja despellejada y me escondo con él en uno de los montones de tierra; allí, en cualquier caso, habrá silencio, en la medida en que aquí todavía haya verdadero silencio. Lamo y mordisqueo la carne, pensando alternativamente en el animal extraño que traza su camino a lo lejos, y luego en que, mientras tenga la posibilidad, debería disfrutar de mis provisiones al máximo. Esto último es probablemente el único plan ejecutable que tengo. Por lo demás, intento descifrar el plan del animal. ¿Está de paso o trabaja en su propia obra? Si está de paso, quizás sería posible un entendimiento con él. Si realmente llega hasta mí, le daré algunas de mis provisiones y seguirá su camino. Sí, seguirá su camino. En mis montones de tierra puedo, naturalmente, soñar con todo, también con un entendimiento, aunque sé exactamente que tal cosa no existe, y que en el momento en que nos veamos, sí, en el momento en que solo nos presintamos cerca, nos lanzaremos el uno

contra el otro, sin pensar, ninguno antes, ninguno después, con un hambre nueva y diferente, aunque por lo demás estemos completamente saciados, con garras y dientes. Y como siempre, también aquí con pleno derecho, pues ¿quién, aunque esté de paso, no cambiaría sus planes de viaje y de futuro al ver la obra? Pero quizás el animal esté cavando en su propia obra, entonces ni siquiera puedo soñar con un entendimiento. Incluso si fuera un animal tan extraño que su obra tolerara una vecindad, mi obra no la tolera, al menos no una vecindad audible. Ahora bien, el animal parece estar muy lejos; si se retirara solo un poco más, probablemente el ruido también desaparecería, quizás entonces todo podría volver a estar bien como en los viejos tiempos; sería entonces solo una experiencia mala pero beneficiosa, me estimularía a hacer diversas mejoras; si tengo tranquilidad y el peligro no apremia de inmediato, todavía soy capaz de realizar trabajos considerables; quizás el animal, ante las enormes posibilidades que parece tener con su fuerza de trabajo, renuncie a la expansión de su obra en dirección a la mía y se compense por otro lado. Esto, naturalmente, no se puede lograr mediante negociaciones, sino solo por la propia inteligencia del animal o por una coacción ejercida por mi parte. En ambos aspectos, será decisivo si el animal sabe algo de mí y qué sabe. Cuanto más lo pienso, más improbable me parece que el animal me haya oído en absoluto; es posible, aunque para mí inimaginable, que tenga alguna otra noticia sobre mí, pero probablemente no me ha oído. Mientras yo no sabía nada de él, no pudo oírme en absoluto, pues me mantuve en silencio, no hay nada más silencioso que el reencuentro con la obra; luego, cuando hice las excavaciones de prueba, podría haberme oído, aunque mi forma de cavar hace muy poco ruido; pero si me hubiera oído, también yo habría tenido que notar algo, al menos habría tenido que detenerse a menudo en el trabajo y escuchar. —Pero todo permaneció inalterado. — —

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB